

LUIS MERINO REYES

U N A N U E V A N O V E L A D E
D A N I E L B E L M A R

CONTEXTURA ROMÁNTICA, de inconfundible raíz romántica, Daniel Bermar nos muestra en su novela más reciente *Los túneles morados*, una suprarrealidad que tiene importancia en Chile, en especial en el curso monótono de la vida provinciana: la borrachera. Pensamos en la fábula del rey que enloqueció por beber de una cisterna encantada y que su pueblo, para entenderse con él, no tuvo más remedio que beber también de la cisterna y aprender el idioma del soberano, mediante la locura. Algo semejante ocurre con la borrachera. Alguien, no recuerdo en este instante si fue un viejo escritor y periodista, anotó entre los defectos de un ex Presidente de Chile, uno de los de más vasta y fecunda actuación, que no pudo entenderse en forma justa y perfecta con los chilenos debido a que no bebía, a que era abstemio, de abstinencia absoluta. ¡Quién sabe hasta dónde será verdad todo esto! El chileno bebe menos que el francés, digamos por caso, que defiende su ración de vino como un requisito de su trabajo; pero el chileno se emborracha más que el francés. Por suerte, la masa alcohólica de Chile bebe sólo vino y el curso de su libación es irregular. Cuando éramos oficiales de ejército en el sur de Chile, teníamos un tesorero y fiel sargento instructor que sólo se convertía en mal sujeto, en animal feroz, con impulsos homicidas, cuando se emborrachaba. Pero Daniel Belmar logra en *Los túneles morados*, novela de su madurez, con algo de *Ciudad brumosa* y más de algún pespunte de *Roble Huacho*, sus creaciones anteriores, producirnos una sensación misteriosa que va en el razonar de la embriaguez, un modo de pensar de lógica

propia o ilógico, para decirlo con más exactitud, pero que causa sorpresa. Y es probable que salve la novela de la total depresión, el hecho de que los borrachos sean gente joven y que haya un contrapunto que sostiene el hilo del relato, capaz de actuar como vaga conciencia crítica, sobre la base dolorosa de una infancia triste, abandonada, de un niño huérfano criado por su terco padre carpintero y que un día, en plena mocedad, sale a ganarse la vida en los oficios más ruines, a vagar por los ambientes más degradados, aquellos que se ofrecen hasta el día de hoy a quien no lleva consigo más bagaje que su propia humanidad. De romántico esencial que es el novelista Daniel Belmar advierte la realidad que lo encuadra y oprime por su lado más doloroso, por su escorzo más sucio y deprimente. Se trata de un feísmo esperpéntico, de una observación que se adosa, por lo general, en el sarcasmo más cruel. Sin embargo, ¿qué salva entonces a esta novela y la hace digna de ser leída de principio a fin, sin soltarla de las manos? Acaso su misma tensión trágica, la queja subyacente que no se expresa en lágrimas, como podría ser si se agudizara el registro, la intención de quien narra y se le incitara a decir su historia sin astutas galas estilísticas, sin esa forma sabrosa, de casticismo, que ahora maneja Belmar como un afinado instrumento de comunicación.

Escribe Belmar:

“De uno de los muros sobresalía diminuto escenario que de repente encendió multicolores candilejas. Vino un viejo retaco, canoso, de nariz roja, y destapó un piano. Apenas sonaron los primeros compases del “fado”, alzóse el teloncillo y una “vedette” añosa, exuberante, de opulencias difícilmente contenidas por los corpiños de raso, empezó a mover sus gelatinas. “Este es el fado, fadiño, fadeiro...” La voz de la mujer, ronca de tabaco o de aguardiente, tenía telarañas. Era como un disco fonográfico grandemente usado, opaco ya, sin surcos sonoros. Y, no obstante, logró cautivar la atención del heterogéneo auditorio. La concurrencia se agitó. Corrió un estremecimiento por encima de las cabezas, como un viento soplando en un campo de espigas. La voz de grieta pasaba por las conciencias como un

pañó sucio sobre una mesa sucia, arrastrando desechos, dejando algo sin embargo, algo de tenaz permanencia”.

“Cerca de los estudiantes un hombre, muy beodo, comía caldo de cabeza. Los sesos del cordero blanqueaban, pálidos, en sus cavernas de hueso. Un ojo sin párpado, sumergido a medias en el caldo, relucía con la fría inmovilidad de los ojos de los pescados o de los difuntos. El hombre tomó el caldo, comió los sesos, comió el ojo, agachado sobre el plato, ajeno a la palpitación que bullía en torno. Cogió después el trozo de cráneo, casi mondo, y empezó a chupar las concavidades”.

Captamos que eso mismo pudo ser diverso, como todas las cosas, que la visión descarnada, sucia, envejecida, decadente, pudo ser ofrecida sin idealizar con otra perspectiva, hasta dotada por el arabesco que aproxima a la belleza. Pero, con frecuencia, nos atrae lo feo, por hastío, por convicción de inferioridad, por un raro sentido de culpa. Preferimos una boca resabiada, cruel, a unos labios dulces, un genio ácido, a una voz amable que nos mitigue, la imposible fraternidad de los sórdidos, huraños y avarientos. Hay tal vez cierto masoquismo en estos impulsos, la necesidad de martirizarse a sí mismo o que la vida, delimitada por el hastío, busca una nebulosa enfermiza, sin esfumar sus duros contornos.

Belmar prosigue:

“Detrás del mesón se movía una hembra increíble, fenomenalmente adiposa, inflada como un manojito de vejiga. La papada, una ola sudada, gelatinosa. Seguía una arruga. Y otra ola, los pechos. Y una arruga más, acordonada por sucios cintajos. Y otra ola, la panza. Más abajo nada, lo invisible. Y los brazos desnudos, repulsivos, gruesos como vientres de tiburón. Y un moñito anémico, andinista solitario en la cumbre de una montaña de blanquecina mermelada fría”.

Ya no hay goce en el horror de esta descripción; hay más bien el impulso satisfecho de volver a crear una realidad infamante, de cumplir esa responsabilidad vengadora que es inherente al novelista, de estampar el sarcasmo devolviendo una espina que tortura la sensibilidad. ¿Quién no se ha encontrado frente a esos cuadros incomprensibles? ¿Quién no ha oído un susurro dulce, de amor, junto a una oreja leprosa? ¿Quién no

ha visto una boca que besa un rostro plagado de verrugas? Pero nos vamos aproximando a un museo del horror.

Estos son los materiales con que labora Daniel Belmar una novela singular en su obra y de importancia dentro de la literatura chilena, como expresión de un rebrote del naturalismo clásico, llevado a un plano lírico, a una poesía ruborosa, que no se atiene al verso y a su símbolo expresivo y quiere narrar, referir parca y sentimentalmente. Los personajes están mostrados en sus actos; no se trata de buceo del mundo íntimo —a cada autor hay que reconocerle lo que hace—, sin embargo, la profundidad psicológica aparece en la anécdota, con flujos de aquel genio torturado y ortodoxo que se llamó Fedor Dostoiewsky a quien Belmar conoce, se nos ocurre, muy bien.

Un hombre se confiesa, como todos los personajes del ruso, salvo que vivan una brillante animalidad, a través de Daniel Belmar.

“El capitán López (piel apergaminada, ojos saltados, sanguinolentos, mejillas flácidas y bermejas) despertó de repente y manoteó en el aire como tratando de espantar ciertos tenaces insectos. Se mesó después el ralo y largo cabello, procurando, torpemente, alisarlo con las palmas.

“Miró luego vagamente en torno. Una sonrisa fugaz le ennoblecó el rostro marchito.

“—Fuimos a casa de Raúl —dijo de pronto—, con Alfonso y Rafael, no me acuerdo si con nosotros estaba Alejandro, no, no lo recuerdo, no importa. Llovía y la subida del cerro me embarró hasta los tobillos. La casa de Raúl es alegre, y su mujer muy cariñosa, joven, gordita... Celebraban el cumpleaños de uno de los chiquillos, en una mesa llena de tortas y chiquillos. Raúl nos sirvió vino, más todavía, más vino. Me senté a la mesa, junto a una niña de unos doce años, de ojos brillantes y tristes. “¿Cómo te llamas?” “Josefina”. “¿Por qué no te ríes?” La chiquilla sonrió: “No me quieren”. “¿Quién no te quiere?” “La señora”. “¿Cuál señora?” “La señora, pues, la señora de esta casa; mi mamá murió y mi papá se volvió a casar”. “¿Eres hija de Raúl entonces?” “Sí, él es mi papá, él me quiere, pero todo el tiempo está en la fábrica y la señora me castiga, ¡quisiera morir!...” “No, no te mueras, tienes

mucho que esperar todavía. Junté un billete de a cincuenta pesos y una tarjeta con mi nombre, hice un canutillo bien dobladito y lo deslicé en manos de la criatura. "Ahí está mi dirección; cuando tengas mucha pena escíbeme y yo te vendré a buscar". La chica guardó velozmente el canutillo... Rió después con risa verdadera. ¿Hice mal? ¡No, señor! ¡Yo soy el capitán López, y a mí nadie me pisa el poncho!"

Así hablaban los personajes de Dostoiewsky, esas muchachitas que aparecen en sus grandes novelas como *Crimen y Castigo* y *Los hermanos Karamazov* y también en todo ese ciclo de novelas breves, estampas, frisos del alma humana, que parecen preparar al genio para sus intentos más definitivos. Bien sabemos que el arte, la literatura más logrados no pasan de ser un simple intento. Daniel Belmar no proyecta hacia la eternidad a sus personajes, a pesar de que Alfredo Lefebvre, en su culto prólogo, digno de un censor latino, subraya indicios, ata cabos y nos informa sobriamente su sospecha de que el autor cree en una vida ultraterrena. En *Los túneles morados* —título símbolo de regusto popular chileno— Belmar somete a sus héroes a presiones objetivas, terrestres; como nacen, llegan a sus páginas, suficientemente anulados por una realidad corrosiva y nos ofrecen, en compensación, el mundo mágico de sus delirios alcohólicos. Un estado transitorio, pero cuya zona de lucidez a Belmar no interesa, que sirve también para saltar el tiempo difícil y lavar la conciencia.

"Alguien iba cogido de su mano, trepando, resbalando en la alfombra deslizante, riendo —escribe Belmar—. ¿Quién? "Ay María Consuelo, no es tiempo de arrepentirse sino de llorar, te perdí por imbécil, por huraño y soberbio... ¿Quién eres tú, a ver, dime resentido plumario, sí, quién eres para tirar al tarro de la basura la fragante rosa?... La fragante rosa, los duros pechos fragantes, el liso vientre fragante, el fragante, doloroso, recuerdo..."

Todo un anhelo de goce límpido, oloroso, frustrado. Pero todo ese horror, estos seres feos, vinosos, sucios, de dientes quebrados, oscilando entre exabrupto y el vómito, tienen un contrapunto. Es el coro consciente con que Belmar encuadra el tiempo mínimo de su novela que sucede en una noche;

es el recuerdo límpido de un muchacho que lleva sobre sí una infancia dolorosa, como tantos, escamada de crueldades, de hombres y grotescos vestidos. Acaso este dominio de la luz, recorta con más nitidez el vasto territorio de la sombra, a pesar de que lo obscuro y doloroso tiene un plazo temporal exiguo. Con este recurso de simple técnica, logra ensamblarse esta novela vigorosa, que nos muestra una realidad deprimente, hastiada, borracha, que no es todo Chile, pero sí un amplio trozo, ante el cual no cabe cerrar los ojos, ni volver la nariz con desprecio.

Pero busquemos la luz, la filtrada luz que alcanza hasta la entraña de nuestro pueblo:

"El maestro Nieves me llevó a su casa; tal circunstancia, pese a las irónicas protestas de mis otros compañeros, me salvó de pagar el piso.

"El hombre vivía con su madre, una anciana flaca llamada Clementina, señora Clementina le decían en la vecindad, y una sobrinilla de once a doce años de edad. Allí, acogido con ternura silenciosa, un poco ruda, viví algún tiempo. De día trabajaba. De noche leía. El jornal, muy escaso, bastó sin embargo para darme por vez primera sensación de seguridad.

—No estudie tanto —decía el hombre—. Se va a enfermar de los ojos.

"Era prebisteriano. Dos tardes por semana después del trabajo concurría al templo. Las otras las destinaba a la confección de mueblecillos que la señora Cleme vendía de casa en casa.

"A veces leía la Biblia.

"En alguna ocasión me contó su "camino de Damasco": —No crea, no siempre fui mueblista. Antes viví en el campo, en los alrededores de Angol; hortalicero, mi especialidad es el zapallo. Ah, mi Dios, qué cosechas. Miles y miles. Por más las medias con los patrones Buster, mi parte era buena. Y ¿de qué me servía? Llegaba al pueblo, vendía mi carretada, y me largaba a tomar con los amigos... Por el camino, de regreso, perdía las prevenciones, el tabaco, la yerba, la plata y el sombrero. ¿Me creerá? Cuarenta y tres sombreros. ¡Cuarenta y

tres! ¡Puros fracasos malos!... Hasta que un día, "capando" unos tomates, pensando en el vicio, escuché la voz del Señor..."

La captación auditiva del lenguaje es perfecta. Daniel Belmar sabe cómo hablan los hombres en la región cuadrículada en que les toca vivir como hormiguitas; la ironía recóndita apenas aflora. El novelista no penetra más allá; se sitúa en una posición receptiva y deja que el lector imagine lo demás, que acepte seriamente o que sonría con su hallazgo. En la técnica de la impresión novelística. Emile Zola nos habría presentado al pastor en su intimidad, rabioso y cruel con los suyos, si no podía ir a predicar, si no lograba desahogar su cárcel de abstinencia y castidad. Pero la novela moderna no busca tanto. Y Belmar es un novelista moderno, a pesar de su sentimentalidad, de su romanticismo. Lo que probaría que las escuelas literarias son moldes fácilmente rebasados por la humanidad de los autores, por pasión creadora que vale más que la técnica y la perfección misma y que da sentido a la pretensión de decir algo nuevo, cuando nos asiste la certidumbre de que a través de la vida cultural del hombre, ya todo está dicho.